



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina

Eje II: “Inventamos o erramos” Epistemologías desde la periferia

Mesa 8: Epistemologías y metodologías de la investigación para la emancipación.

Título de la ponencia: **Apartado del libro en proceso de elaboración sobre el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE).**

Autor: **Fontana, Juan Manuel** Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (ENOCEP).

Resumen

En el vasto catálogo de conquistas de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) sobresale un hecho trascendental: la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (ENOCEP). La experiencia destaca tanto por su carga simbólica como por las ventajas que acarrió en la lucha por Tierra, Techo y Trabajo. En retrospectiva, fue el espacio donde el sujeto de la economía popular aprendió a pensarse como tal. Centenares de trabajadores y militantes fatigaron las instalaciones de las cinco sedes repartidas a lo ancho de la geografía nacional, para elaborar y consolidar los esquemas mentales desde los cuales comprenden su lugar en el mundo. A partir de ellos, tomaron conciencia de la relevancia de su tarea desde el punto de vista social, económico y ambiental, y fijaron las coordenadas políticas para la transformación de su realidad de exclusión. De ese modo, la escuela supo trocar una estrategia de supervivencia individual en proyecto colectivo de resistencia y cambio social. El MTE cumplió un rol determinante en la puesta en marcha y posterior desarrollo de esta invaluable herramienta formativa. Al punto de que contar la historia de la ENOCEP es recrear uno de los grandes hitos del movimiento de trabajadores excluidos

Palabras Clave

Economía Popular; Epistemologías Otras; Educación Comunitaria; Contrapedagogía De La Escucha; MTE

Luego de un breve repaso por esos primeros años, salta a la vista que el 2014 fue un año de hiperactividad y afianzamiento para la CTEP. En el vasto catálogo de acciones y conquistas sobresale un hecho trascendental: la apertura de la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (ENOCEP). La relevancia de este acontecimiento se explica tanto por su enorme carga simbólica como por las ventajas organizativas que trajo aparejadas en la lucha por Tierra, Techo y Trabajo. A través de un amplio abanico de trayectos formativos, la ENOCEP ha venido funcionando esencialmente como instrumento pedagógico al servicio del fortalecimiento de la identidad colectiva del sector. En retrospectiva, podemos decir que fue (y sigue siendo) el espacio donde el sujeto de la economía popular aprendió a pensarse como tal. Los sucesivos contingentes de trabajadores y militantes que pasaron por las cinco sedes actualmente repartidas en diversos puntos del territorio nacional han venido construyendo los esquemas mentales que les permitieron comprender su lugar en el mundo. A partir de ellos, tomaron conciencia de la relevancia de su tarea desde el punto de vista social, económico y ambiental, y fueron fijando las coordenadas políticas para la transformación de su realidad de exclusión. De ese modo, la escuela vino a trocar una estrategia de supervivencia individual en proyecto colectivo de resistencia y cambio social. Como veremos a continuación, el MTE cumplió un rol determinante en la puesta en marcha y posterior desarrollo de esta invaluable herramienta formativa. Contar la historia de la ENOCEP es pues recrear uno de los grandes hitos del movimiento de trabajadores excluidos.

Unos meses antes del nacimiento de la ENOCEP, Juan Grabois se mudó junto a su familia a la Patagonia argentina. En medio de una dura crisis personal, con centro en su opción de vida, la militancia en favor de los más humildes, el referente del MTE decidió trasladarse a la ciudad turística de San Martín de Los Andes, ubicada en el suroeste de la Provincia de Neuquén. Al cabo de más de una década de intenso y denodado trabajo militante, el núcleo duro del movimiento mostraba signos de agotamiento. Y Grabois estaba lejos de ser la excepción. Como se explicó previamente (Cap. 1, p.23), la lógica organizativa del MTE implicó, sobre todo durante los años fundacionales, altos niveles de exigencia personal. Desde el vamos, el estilo de construcción de “los cinco locos” militantes estableció coordenadas de acción no aptas para “tibios” (como suele reconocerse por lo bajo), que a la larga resultaron muy desgastantes, lesivas, hasta para sus propios impulsores. A medida que fueron descubriendo las urgencias de la realidad cartonera, cada vez hubo menos espacio para andarse con medias tintas. La militancia en favor de los descartados sociales exigía plena disponibilidad, un ejercicio de dedicación a tiempo completo. Y así lo hicieron, en su máxima literalidad. Pero no fue tanto una estrategia premeditada o el fruto de un cálculo deliberado, sino una respuesta

espontánea del tipo “doble o nada” frente a la dramaticidad del tiempo histórico que les tocó vivir. Simplemente, les fue resultando imposible disociar su vida personal de la defensa del pueblo pobre. Algo que, con matices, se mantuvo vigente a lo largo del tiempo como uno de los rasgos distintivos del MTE. Tanto es así que, a más de una década de haberse fundado, cuando la expansión y diversificación del movimiento requirieron del desarrollo de una estructura “orgánica” y el espontaneísmo practicista de los primeros tiempos (centrado en atender la urgencia del momento) cedió terreno a mayores grados de organización (locales propios; división y jerarquización de tareas; incorporación de militancia ajena al núcleo fundador; etc.), la vara del compromiso militante jamás descendió del elevado piso originario.

Tal vez por ello mismo, en el momento en que estamos focalizando, la templanza comenzaba a fallar. Al igual que los restantes protagonistas de esta historia, Juan Grabois se había esforzado por interpretar la “bruma del pueblo pobre”. Todos habían empeñado sus años de juventud en la tarea de escuchar y tratar de entender la dolorosa realidad de los excluidos. El desafío asumido había sido grande: ayudar a traducir la situación de exclusión en una agenda de reclamos y reivindicaciones concretas. Para ello, hicieron propia la convicción del histórico dirigente sindical Agustín “el Gringo” Tosco, según la cual “no solo lucha el que padece la injusticia sino también quien la comprende” (Cuadernillo 2, p.32-33). Más temprano que tarde, vieron que esa era la mejor forma de honrar la voz de quienes eran inaudibles en el espacio público y además sufrían la persecución policial e institucional. Y una vez transcurridos esos primeros diez años, el balance arrojaba un saldo positivo. Tanto la experiencia de organización cartonera en CABA como los primeros pasos de la CTEP, indicaban que los referentes fundadores del MTE habían estado a la altura. Pero los costos personales empezaban a sentirse. Finalmente hacía eclosión la fatiga asociada a los altos niveles de responsabilidad y exposición derivados de esa profunda inmersión militante sostenida en el tiempo. Todos ellos venían de la superficie, habían traspasado los límites de la línea invisible que segrega a los condenados de la tierra, para abismarse en sus profundidades. Justo entonces, con el subsuelo de la patria nuevamente sublevado, la falibilidad y las dudas comenzaban a aflorar. Sobre todo en Juan Grabois, a quien le costaba disimular los efectos de las mil violencias cotidianas que amasa el territorio. El temor a pifiarle, a perder de vista su lugar en la lucha y con ello también la compostura, aconsejaba tomar algo de distancia. Llegaba así la hora del exilio interno, autoinducido, para el dirigente del MTE.

La “suiza patagónica” y sus inesperados frutos populares

El destino no fue un capricho individual, no había sido elegido tan solo porque ofrecía belleza natural, distancia austral o la oportunidad para una purga en lo espiritual. Es

cierto, el escenario contenía todas estas posibilidades juntas: paisaje, retiro y catarsis del alma¹ Sin lugar a dudas, hubieran podido conjugarse en una experiencia de goce y beneficio propio. Lejos de ello, Grabois y el MTE aprovecharon la ocasión para encauzar una agenda colectiva con varias ramificaciones: la nacionalización del movimiento, la expansión de la CTEP y, en ese marco, el proyecto de la ENOCEP. Más allá de los desatinos de algunos desprevenidos, no se trató de un simple movimiento de evasión o salvación personal sino de una jugada estratégica del MTE, que supo identificar todas las potencialidades señaladas para articularlas en función de las necesidades del sujeto de la economía popular. De esa forma, en consonancia con lo que enseñaban los materiales de formación, elaborados en aquel entonces por Grabois (en coautoría con Emilio Pérsico) al calor del vínculo con el Papa Francisco, el movimiento no hacía más que observar uno de sus principios fundamentales: anteponer el todo a las partes, lo colectivo a lo individual (cuadernillo 2, p.35-38). Y, como podía verse, ello valía con independencia del nombre propio.

La jugada tenía entonces por objetivo fortalecer la formación de trabajadores y militantes, apostando a la construcción de identidad y autorrepresentación dentro del sector.

Si bien la ENOCEP fue pensada como una herramienta pedagógica abierta a todas las organizaciones del campo popular, principalmente estaba dirigida a la formación de delegados y cuadros de conducción de la CTEP (sean productivos o sindicales). Desde el mismo momento en que se fundó la confederación, se planteó la necesidad de contar con una pata pedagógica propia. Antes incluso de que existiera una Secretaría de Formación, que oficialmente comenzó a funcionar en 2014, el año en que nació la ENOCEP. La secretaría fue integrada por el MTE, el Movimiento Evita y Los Pibes, una organización social y política surgida en el populoso barrio de La Boca a mediados de los noventa, cuando arreciaban el hambre y la desocupación. A partir de allí, estas tres organizaciones miembro de la CTEP, junto a colaboradores externos de Patria Grande, se encargaron de decidir la política de formación a nivel nacional, aun cuando las distintas organizaciones y regionales preservaron cierto grado de autonomía relativa. En este contexto y como hemos señalado, el principal promotor de la ENOCEP fue el MTE, especialmente Juan Grabois, que desde mucho antes venía bocetando el proyecto.

De la mano del diagnóstico en torno a las carencias simbólicas del sector, compartido por las distintas organizaciones de la CTEP, el MTE consideraba imperioso avanzar

¹ La etimología de la palabra remite a varios campos. En medicina antigua, para referir a la limpieza de humores malignos. En botánica, como poda de ramas secas o indeseables. Y en psicoanálisis, para expresar el desahogo de la ira. En todas las acepciones se implica la idea de liberación.

sobre el eje de la formación. Es claro, no se invocaba cualquier herramienta simbólica, ni cualquier tipo de formación. El diagnóstico referido no llamaba la atención sobre la ausencia de saberes enciclopédicos universales, descontextualizados o no-situados, como los que suelen ser empaquetados con moño oficial en los planes de estudio estandarizados que rigen y abundan en nuestro sistema de educación formal. No era eso lo que faltaba. En gran medida, sobre todo por el lado de la militancia universitaria que comenzaba a incorporarse, más bien sucedía lo contrario, era lo que sobraba. ¿Qué era entonces lo que hacía falta? Diseñar e implementar una política educativa capaz de promover la construcción y conducción de organizaciones comunitarias, asociaciones sindicales y unidades de producción popular. Además del mejoramiento de capacidades técnico-productivas (estrictamente económicas), se requerían otro tipo de saberes necesarios para la lucha, saberes que hubieran surgido y pudieran aplicarse en el contexto de la pelea por el reconocimiento y la ampliación de derechos (obra social; monotributo social; etc.). Como puede verse, ante todo eran saberes de tipo reivindicativo, indisociables de una praxis transformadora animada por un horizonte de cambio social. En una región donde el capital transnacional corporativo dictaba las reglas del juego, imponiendo la lógica del descarte humano y natural en aras de mayores tasas de concentración y rentabilidad económica, el MTE comprendió con mucha claridad era la hora del pueblo pobre. Eran los propios humildes quienes podían y debían asumirse como sujeto de cambio.

Sin desdeñar el rol de la estatalidad (o, precisamente, en pos de avanzar hacia formas más soberanas y populares de estatalidad) y bajo la premisa de que “sin poder popular no hay justicia social”, el MTE impulsó decididamente la creación de la ENOCEP, como estrategia de auto-organización y auto-formación de los descamisados del siglo veintiuno bajo el paradigma de la economía del Bien Común. Así, el nuevo sujeto histórico emergente en la fase del capitalismo de exclusión podría ampliar y sistematizar la comprensión del marco de situación; alcanzar un conocimiento integral de su propia realidad y de sí mismo, para continuar conquistando y asegurando derechos y a la vez impulsar procesos de cambio estructural desde abajo. A esas alturas, mientras el gobierno nacional y los sindicatos tradicionales seguían sin ver las raíces profundas de la exclusión y oscilaban entre el desconcierto y la aquiescencia, los descartados por el capitalismo periférico del descarte contestaban con la osadía de una pedagogía a contramano que buscaba restituir la centralidad de lo humano y de la vida.

Desde la llegada de Grabois a San Martín de los Andes, allá por inicios del 2014, el MTE supo tejer alianzas estratégicas que tuvieron una marcada proyección nacional y garantizaron la expansión y consolidación de la CTEP. Nos referimos en particular al acercamiento con el Pueblo Mapuche y otros actores locales afines. Entre estos últimos,

destacan la organización Vecinos Sin Techo y por una Vivienda Digna (VST), que se incorporó a la CTEP, y la célebre Radio comunitaria FM Pocahullo, fundada por el comunicador popular Roberto Arias, en cuyo honor la ENOCEP lleva su nombre.² Como tantas otras cosas, fue precisamente en la sede de la Pocahullo donde, luego de varias reuniones y promediando el mes de agosto de ese mismo año, la CTEP firmó un inédito acuerdo de colaboración intercultural junto a la Comunidad Mapuche Curruhinca y la VST. Su carácter novedoso residía en que, hasta el momento, no se registraban acciones conjuntas entre organizaciones sindicales y alguno de los casi 40 pueblos originarios que habitan en territorio nacional.³ Así, el acta-acuerdo que llevó la firma de Ariel Epulef, longko (cacique) del Lof Curruhinca, Juan Bustamante como presidente de VST y Juan Grabois, en calidad de coordinador de la ENOCEP e integrante del secretariado nacional de la CTEP, constituyó el primer vínculo conocido entre expresiones del sindicalismo argentino y pueblos originarios (Palumbo, 2021, Nota 16). Esencialmente, el convenio estipulaba instancias de colaboración en pos de la reafirmación de los derechos del Pueblo Mapuche y de los trabajadores de la economía popular, la lucha por el acceso a la vivienda y la preservación de la naturaleza, y, más en concreto, la construcción de un albergue estudiantil para uso de la ENOCEP en el emblemático Barrio Intercultural.

¡Criollos y nativos empobrecidos sean unidos!

La violencia impulsada y ejercida por la clase terrateniente vernácula y extranjera contra el pueblo mapuche es de larga data y llega hasta nuestros días. Históricamente, el genocidio, la persecución y la expropiación fueron una constante a ambos lados de la cordillera de los andes. Inicialmente con la colonización española y luego a partir de la constitución y expansión territorial de los estados nacionales chileno y argentino. Con mayor rigurosidad, todo ello ocurrió de manera planificada y sistemática desde finales del siglo XIX, durante las violentas expediciones militares vulgarmente conocidas como "Ocupación de la Araucanía" y "Conquista del Desierto", tierra abajo del río Bío-bío chileno y en la Patagonia Argentina respectivamente. Pero no corresponde evocar y reseñar aquí el catálogo de aquellas atrocidades, sino poner en escena uno de los episodios de resistencia y reparación histórica más relevantes e ignorados de los

² Fundador de Radio Pocahullo en SMdA, figura clave para articulación entre MTE, comunidad mapuche y VST. Acompañó desde los 90 las luchas del pueblo indígena por el territorio, desde la difusión y denuncia, e impulsando la auto-organización del movimiento vecinal. Inicialmente la sede de la CTEP en SMdA funcionó en la radio, y la VST también constituyó allí su domicilio legal. Desde sus comienzos, la radio sirve como espacio de encuentro y articulación entre vecinos y organizaciones comunitarias. Tanto es así que, parafraseando el refrán, no sería exagerado afirmar que todos los caminos del Sur pasan por Radio Pocahullo.

³ Para datos oficiales: https://www.cultura.gob.ar/dia-internacional-de-los-pueblos-indigenas_6292/. Para ampliar: https://es.wikipedia.org/wiki/Ind%C3%ADgenas_de_Argentina

últimos tiempos. Un episodio reciente que, por capricho del destino o la casualidad, ocurrió en el mismo momento en que estaba naciendo la CTEP. Se trata de la restitución de una parte del puelmapu, específicamente el lote 27, a manos del pueblo mapuche.

En terminología nativa, el puelmapu es aquella zona del territorio ancestral mapuche (wallmapu) que se encuentra al Este de la cordillera, abarcando la región pampeana y norpatagónica.⁴ El célebre lote 27 comprende entonces una porción de 400 hectáreas de ese territorio, ubicadas en las cercanías de San Martín de los Andes. En 1937, esas tierras fueron anexadas al Parque Nacional Lanín y más tarde cedidas en comodato al Ejército Argentino (desde 1946 en adelante).⁵ Fruto de la incansable lucha política y mediática protagonizada por el pueblo mapuche, en alianza estratégica con actores comunitarios e institucionales locales, el 27 de diciembre de 2011 se promulgó la Ley Nacional 26.725/11, cuyo artículo primero establece la “transferencia” sin cargo del Lote 27 al Lof Curruhuinca en calidad de propiedad comunitaria. La terminología utilizada no es ideológicamente ingenua, expresa una de las mutilaciones sacrificiales que exigió la aprobación de la norma. El Estado municipal no aceptó pagar el precio simbólico de la palabra “restitución”, que inexorablemente remite a la experiencia previa del despojo genocida, y prefirió hablar más eufemísticamente de “transferencia”, término con el que finalmente fue sancionada la ley. Pese a estas rispideces, una vez vencidas las resistencias del lobby empresario y de la politiquería enquistada en el poder público, la ley fue consensuada por todos los actores involucrados: Comunidad Mapuche Curruhuinca, Confederación Mapuche Neuquina, VST (cuyo papel, como veremos a continuación, resultó decisivo), Parques nacionales y Municipalidad de San Martín de los Andes.

⁴ Siguiendo la costumbre de la cartografía occidental, cuyos puntos cardinales son construidos en perspectiva eurocéntrica, el territorio al que estamos aludiendo queda localizado hacia el Este de la zona cordillerana. Sin embargo, cabe señalar que si nos situamos desde la cosmovisión mapuche el punto de referencia no es el Norte de la cartografía eurocéntrica sino precisamente el Este, lugar por donde nace el sol y hacia al que los mapuches miran al orar a las deidades y los antepasados.

⁵ SMdA se funda en 1898, una vez consumado el proyecto genocida de la llamada “campana del desierto”. Hoy ciudad turística con marcados contrastes, se encuentra emplazada en un entorno natural a la vera del lago Lácar, en el Parque Nacional Lanín. A inicios del siglo XXI, decenas de miles se encontraban abocados a la economía popular, y quedaban sin posibilidades de acceder a una vivienda digna y apta para la vida. Así, cerca de un tercio de su población (que asciende hoy a 35 mil habitantes) sufría condiciones de precariedad habitacional bajo el predominio de un modelo de urbanización especulativo y rentístico basado en la creciente mercantilización y privatización del suelo y los bienes públicos. En este contexto, un puñado de agentes del mercado inmobiliario lograba (y aun logra) imponer el Barrio Cerrado como paradigma habitacional, llevando a las nubes el precio de la tierra y excluyendo a casi 3 mil familias del acceso a la vivienda. Mientras tanto, el remanente, el suelo marginal, permanecía bajo la órbita del clientelismo político favorecido por el partido de gobierno tradicional, el Movimiento Popular Neuquino (MPN), encabezado por el clan Sapag (con más de cinco décadas en el poder, retornó entre 2007-2011).

Pero el origen de esta gesta popular se remonta tiempo atrás, varios años antes de la sanción de la ley. Allá por el año 2004, un grupo de casi 200 familias criollas empobrecidas de la zona entendió que su lucha por una vivienda digna debía acoplarse a la del pueblo mapuche históricamente expoliado. Así, decidieron conformar la agrupación Vecinos sin Tierra y por una Vivienda Digna (VST) y aunar fuerzas con los integrantes del Lof Curruhuinca, una de las cuatro comunidades locales pertenecientes al Pueblo Nación Mapuche que no cesa en el reclamo por los derechos territoriales conculcados a lo largo y ancho de la Patagonia. La cuestión de la vivienda fue entonces el punto de aglutinación para avanzar sobre el problema de la tierra, que trajo consigo la reivindicación del derecho ancestral y el horizonte intercultural. La confluencia entre la necesidad de alcanzar soluciones habitacionales y el reconocimiento de la vulneración de los derechos del pueblo hermano selló la alianza estratégica entre descendientes de criollos y originarios. Y alumbró el proyecto de un barrio ecológico y productivo con asiento en raíces comunitarias, populares y autogestivas, que rápidamente capturó el interés de instituciones locales y nacionales (Concejo Deliberante; Parques Nacionales; etc.).

Desde entonces, la coalición fue creciendo y dio sobradas muestras de capacidad para incidir en la política pública de la vivienda y la gestión territorial. A poco de andar, llevaron adelante un censo que puso al descubierto el problema de la vivienda y obligó al municipio a declarar el estado de “emergencia habitacional” (en reiteradas oportunidades: 2004, 2008, 2013 y 2016). El escenario de alerta permitió llamar la atención de la opinión pública, jerarquizar el debate y avanzar en la conformación de órganos propositivos y decisorios desde donde formularon e impulsaron cambios normativos y políticas más inclusivas. Fue así como constituyeron la “Mesa Política del Lote 27” y la “Comisión de Vivienda” (que funcionó hasta 2010, una vez presentado el Proyecto de Ley de Restitución por Juan Bustamante en el Senado de la Nación). Ambos espacios fueron de vital importancia para institucionalizar el reclamo y combatir a viejos y nuevos enemigos de los sectores vulnerados: la depredación del capital inmobiliario especulativo, el afán de rapiña del clientelismo político y la indiferencia hostil de buena parte de la población wingka (blanca) local. Desde esos ámbitos de injerencia lograron combinar los ingredientes necesarios para estar a la altura del desafío, articulando una extensa gama de intervenciones públicas (movilizaciones, actos cívicos, talleres internos, encuentros culturales y debates con académicos, espacios de deliberación ciudadana y negociación con los poderes públicos) en el marco de una acertada apelación a las leyes nacionales fundamentales que protegen el derecho de trabajadores y pueblos indígenas.

Desde el punto de vista jurídico y político, el camino hacia la ley nacional quedó finalmente despejado a partir de lo establecido por la Carta Orgánica Municipal de San Martín de los Andes. Como es sabido, la Carta Orgánica contiene el conjunto de leyes y disposiciones que rigen la vida de una comunidad local, organizando su funcionamiento económico, político e institucional con arreglo a lo estipulado por las normativas de rango superior. Esto responde al hecho de que el ordenamiento jurídico del Estado, en sus distintos niveles, sigue un criterio jerárquico. Las normativas que rigen a nivel local o municipal deben adecuarse a (no pueden entrar en conflicto con) los principios constitucionales provinciales y nacionales. En virtud de esta lógica jurídica y gracias a la presión política ejercida durante años, allá por julio de 2010 la “Mesa Política del Lote 27” alcanzó uno de sus grandes hitos al lograr que en su Carta Orgánica el municipio declarara “su voluntad de [...] reconocer la preexistencia étnica y cultural del Pueblo Mapuche, respetando la conservación de sus valores tradicionales, apoyando su desarrollo y garantizando sus derechos conforme a lo dispuesto por el Artículo 75 Inciso 17 de la Constitución Nacional y el Artículo 53 Capítulo II (Garantías Sociales) de la Constitución Provincial y reconociéndose como Municipio intercultural” (Carta Orgánica Municipal de San Martín de los Andes, Capítulo II, Artículo 8, inciso 12). En rigor, el antecedente inmediato de esta conquista se encuentra diez años atrás, en la política de co-manejo lograda en 2001. En aquella oportunidad, la Confederación Mapuche Neuquina (CMN) obtuvo el derecho a participar en la gestión del Parque Nacional Lanín (PNL), en cumplimiento del “Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre pueblos indígenas y tribales” (adoptado en 1989) y del artículo de la Carta Magna previamente referido. Prácticamente en los mismos términos, ambas fuentes normativas reconocen a los pueblos originarios como legítimos poseedores comunitarios de “las tierras que tradicionalmente ocupan”, comprometiendo a los gobiernos en la tarea de garantizar el acceso a los recursos naturales y a los medios necesarios para el desarrollo humano de sus poblaciones (Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales, Artículo 14, pp.35 ss.; Constitución Nacional, Artículo 75, Inciso 17).⁶ De este modo, la cuestión jurídica empezaba a zanjarse, esta vez para el lado de las víctimas.

Sobre el total de tierras devueltas, una pequeña porción (33 has.) fue destinada para uso social del municipio (salud, deportes, recreación y educación, incluyendo una escuela técnica de energías renovables) y la mayor parte (370 has.) volvió a dominio mapuche. En una fracción de 77 has. dentro del área efectivamente restituida, con cierta premura debida a las hostilidades del gobierno de turno empezó a tomar forma el Barrio

⁶ Más tarde, la Ley 26.725 hace lo propio en su Artículo 11, al establecer la cesión del lote 27 conforme a la misma base normativa: esencialmente, artículo 75 de la Constitución Nacional y resoluciones de la Administración de Parques Nacionales referidas al co-manejo.

Intercultural, soñado desde el inicio de esta lucha por sus protagonistas. Desde el 2014 en adelante, el barrio y sus casas comenzaron a edificarse en armonía con el bosque, a través de dos cooperativas de construcción propias: Cull Rañi (VST) y Newen Mapu (comunidad Curruhuinca). Con aciertos y errores, marchas y contramarchas, esta experiencia de producción social del hábitat logró trascender la lógica mercantil del negocio inmobiliario, enarbolando los valores andinos del Buen Vivir.⁷ Así, este novedoso proyecto de urbanización se constituyó en una referencia a escala global, como modelo de convivencia intercultural inspirado en una visión del mundo con raíces indoamericanas. Y sus artífices pudieron pensarse como “comunidad de cambio”, gracias a una perspectiva integral donde la demanda habitacional (techo) resultó indisociable de otras problemáticas de tipo estructural: privatización de la tierra, pauperización y exclusión social. Por lo que no resulta casual que, por aquella misma época y con la misma impronta, en sus proximidades abriera sus puertas la ENOCEP. Como dirá uno de los referentes fundadores del MTE, al intentar expresar una de las claves de esta historia y parafraseando al Cortázar de “Rayuela”, el Barrio Intercultural y la ENOCEP andaban sin buscarse pero sabiendo que andaban para encontrarse.

La “Universidad de los Trabajadores” abre sus puertas

El albergue estudiantil comenzó a construirse a mediados del 2014, casi en simultáneo con las primeras casas del Barrio Intercultural⁷ La obra estuvo a cargo de la Cooperativa de Trabajo “Esfuerzo Patagónico”. Al igual que las demás cooperativas de construcción, con el MTE fueron comprendiendo que el trabajo asociativo implicaba no replicar la lógica de la competencia inter-empresaria. Empezaron a funcionar de manera colectiva y organizada, a redistribuir el trabajo internamente según la capacidad y la necesidad de cada cooperativa. En los hechos, la unidad de las cooperativas de construcción de la zona resultó estratégica, les dio la fuerza necesaria para elevar el volumen y la escala de producción (más cantidad de trabajo y a la vez de mayor envergadura). Ese fue el origen de la Federación de Cooperativas de Construcción de San Martín de los Andes (compuesta inicialmente por siete cooperativas), que acabó confluyendo en la CTEP junto a los dos polos fuertes de la rama: Luján y Mar del Plata. Las tres regionales conformaron el llamado “tridente calamidad”, recuerda Juan Martín Farías (hoy Secretario General de la rama y docente de ENOCEP). La adjetivación sigue la lógica del chiste interno, pero guarda estricta fidelidad descriptiva con los desastres que generó esta articulación interregional de capacidades y saberes

⁷ La construcción de las primeras 56 viviendas sobre las más de 200 que habían sido conveniadas (entre municipio, provincia y Nación) sufrió demoras debidas a ciertas trabas burocráticas en las que se enredó el gobierno local. <https://www.lmneuquen.com/san-martin-fuerte-reclamo-viviendas-n224237>



sobre la trama de negocios espurios de la construcción. Con el andar y en sus propios pagos, la pata sanmartinense del tridente logró prácticamente lo imposible: disputar el protagonismo al lobby de las grandes empresas (entre las que destacaba CN Sapag). Y lo hizo con armas nobles, contraponiendo un modelo alternativo de fabricación de casas (social y ecológicamente sustentables) en base a los valores del cooperativismo: horizontalidad, reciprocidad y responsabilidad ante el otro. A fin de cuentas, fueron los mismos valores que hicieron posible el Barrio Intercultural, y el albergue que en aquel entonces, a poco de firmarse el acuerdo tripartito, levantaron los trabajadores de “Esfuerzo Patagónico”. Una orgullosa construcción de dos pisos, con capacidad para treinta personas, que en los años siguientes supo alojar a centenas de militantes y trabajadores excluidos de todo el país, mientras en sus aulas completaron la Diplomatura de Extensión Universitaria en Organización Comunitaria y Economía Popular.

Inicialmente la inauguración se había programado para el 11 de octubre, en conmemoración del “último día de libertad de los pueblos originarios”, junto al lanzamiento de la Seccional Cordillerana de la CTEP. Pero todo sucedió finalmente un día más tarde, en fecha no menos alegórica, cuando la ENOCEP abrió de manera oficial sus puertas a una multitudinaria representación de la central de los excluidos, proveniente de distintos puntos del país. A pesar de algunos contratiempos previos, el acontecimiento no se dejaría empañar y tendría el dulce sabor de las conquistas largamente esperadas y trabajadas.

La mañana de ese domingo 12 de octubre comenzó temprano. Estaba previsto un acto oficial de gran trascendencia en la plaza cívica con presencia de autoridades municipales, provinciales y nacionales, como antesala de la inauguración de la ENOCEP. El evento constaba de dos grandes momentos, cargados de ecos simbólicos en la senda abierta por la restitución del Lote 27. En primer lugar, se haría entrega de un emblemático bastón al longko de la comunidad Currhuinca, Ariel Epulef. Los ribetes novelescos de la reliquia histórica habían tomado estado público recientemente. Corría el año 1938, las tierras expropiadas al pueblo mapuche pasaban a manos del Parque Nacional Lanín, y el entonces Teniente Coronel Juan Domingo Perón, asiduo visitante de los pueblos originarios del sur, estudioso de la lengua araucana y con raíces Tehuelches vía linaje materno, le obsequiaba a Pedro Currhuinca en gesto de reconocimiento un misterioso bastón de mando bañado en plata. Años más tarde, el mítico objeto acabó por extraviarse en el laberinto de la burocracia estatal, luego de que la comunidad lo cediera en préstamo para una exposición municipal. Después de un largo periplo, gracias a la comprometida intervención de una funcionaria de Parques Nacionales, el bastón finalmente fue recuperado. Con buen tino, parecía decidido que



aquel domingo se concretaría la restitución. En segundo lugar, aunque no menos importante, se había acordado con las autoridades el izamiento in situ de la wenufoye (desde 1992, enseña del pueblo-nación Mapuche), junto a la bandera Argentina. Iba a ser la primera vez que en un acto oficial ambas insignias flamearan juntas en símbolo fraterno. Pero nada salió de acuerdo con el plan original. Por desidia o ineptitud, traicionando bruscamente las expectativas generadas, las autoridades locales fueron incapaces de garantizar la realización de los dos momentos cumbres de la ceremonia, y ninguna de las dos cosas pudo ser concretada.⁸ Sin embargo, como se dijo antes, una vez superados el desconcierto y la indignación iniciales, las malas noticias no hicieron mella en el ánimo festivo de los asistentes. Y la apertura de la universidad de los trabajadores excluidos fue una verdadera celebración comunitaria. En mayor o menor medida, todos los presentes se sabían testigos directos de un triunfo histórico de los más humildes.

Jerarquizar la formación de las clases populares

La primera promoción estuvo compuesta por una veintena de militantes y trabajadores provenientes de CABA, que ese mismo octubre del 2014 se constituyeron en los primeros egresados de la Diplomatura. Desde allí en adelante y de manera ininterrumpida, se abrieron cohortes todos los meses. A menos de dos años de haberse creado, la sede patagónica había recibido más de treinta delegaciones que en conjunto significaron cerca de 500 egresados. El número no incluye a los estudiantes que participaron de las distintas instancias regionales de formación, y que por distintas razones no pudieron concretar el viaje a la sede nacional para concluir sus estudios. Al cabo de estos años iniciales, la masividad y continuidad que supo garantizar la ENOCEP constituyó uno de los grandes activos de la CTEP. El logro se agiganta aún más al considerar la novedosa impronta de su propuesta formativa: descentralizada, federal y, lo veremos luego, sustentada en una pedagogía de la escucha. Como hemos venido mostrando, el protagonismo del MTE resultó decisivo en todos los niveles de este proceso: concepción, nacimiento y maduración. Algo que suele ser reconocido en

⁸ Luego se supo que el bastón había retornado inexplicablemente a Buenos Aires. Para la restitución, hubo que esperar dos años, paradójicamente de manos de un funcionario de la Alianza Cambiemos (el “rabino” Bergman, Ministro de Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable). En cuanto al izamiento de la wenufoye, en esa ocasión las autoridades municipales se hicieron eco de una campaña de odio agitada por la población wingka, que logró reunir una veintena de hojas repletas de firmas para evitar el gesto de reconocimiento intercultural. Las autoridades se ajustaron al protocolo (que, a esas alturas, tenía sabor a poco), y se limitaron a descubrir una placa recordatoria en conmemoración de la fecha conforme a lo establecido por la Carta Orgánica Municipal. El acto del izamiento se realizó finalmente meses después, en diciembre del mismo año y en la Plaza Central. Constituyó un nuevo logro de la “Mesa Política del Lote 27”, en pacífica respuesta a las violentas expresiones de discriminación previamente recibidas.

forma unánime por todas las organizaciones del sindicato, con divergencias menores en relación a los objetivos alcanzados.

Pese a encontrarse abierta a sectores universitarios (sean estudiantes o egresados), como indicamos más arriba la Diplomatura fue pensada para integrantes de unidades productivas (sin requisitos académicos previos) y militantes de la economía popular. Si bien las primeras cohortes estuvieron sobrerrepresentadas por militantes, con el tiempo la composición de los cursos se fue equilibrando hasta que la ecuación acabó invirtiéndose. De manera gradual y tendencial, los trabajadores del sector fueron superando significativamente en número a los carapálidas de origen universitario.⁹ Era un buen indicio. En el MTE siempre había resultado prioritario jerarquizar las voces y los saberes del sector. Una de las principales estrategias para lograrlo consistió precisamente en otorgar a la formación un estatus universitario. El vínculo con la academia, ámbito oficialmente reconocido de producción, circulación y validación de los conocimientos, dio legitimidad y seriedad al proceso formativo. Con ello la Diplomatura adquirió un rasgo complementario que la dotó de un doble atractivo y la volvió muy codiciada, prácticamente irresistible, a los ojos de los trabajadores del sector. Por un lado, implicaba una mezcla única de viaje turístico y experiencia comunitaria que podía funcionar como rito de iniciación. Viajar y adentrarse en el paradisíaco (y comúnmente inaccesible) paisaje patagónico, empaparse de los espacios recuperados por las luchas populares locales y mirar el mundo desde una perspectiva teórica y política igualitaria, eran ingredientes que, al combinarse, le conferían a la experiencia una especie de halo transformador. Las realidades, memorias y reivindicaciones de los movimientos populares del Sur eran un buen espejo en el que mirarse. Daban la ocasión para practicar reflejos de identificación, y volver a edificarse desde la comprensión situada del Otro. Más que un simple viaje de (auto)descubrimiento, la formación constituía así un punto de inflexión que marcaba el tránsito de lo individual a lo colectivo y permitía reconocerse como parte integrante de un movimiento de cambio social. Por otro lado, el aval universitario vino a jerarquizar los espacios áulicos, las enseñanzas recibidas, los propios saberes y finalmente el título que acreditaba y dignificaba el esfuerzo realizado. En otras palabras, operó como un refuerzo de la dimensión ritual de la experiencia formativa y constituyó un verdadero estímulo para tomar el desafío.

Es cierto que la CTEP registraba instancias formativas previas. Para empezar, la mayoría de las organizaciones miembro contaba con espacios propios de formación, aunque fueran internos y cerrados. Además, allá por 2012, habían comenzado los

⁹ Tal como surge de la investigación de Palumbo, 2018, p.143 ss. Y del análisis de las publicaciones en redes sociales de la CTEP (Facebook y Web oficial), referidas a las sucesivas cohortes.

cursos de formación sindical de la CTEP, destinados a los trabajadores de cada rama. Las dos cosas permitían hablar de cierta experiencia en procesos de auto-formación o “formación por las partes”. Sin embargo, por las características detalladas, la Diplomatura representaba una propuesta diferente, superadora. En particular, el sello universitario venía a introducir una novedad sustantiva: la puesta en valor de los saberes técnico-productivos, políticos y subjetivos de las clases populares al interior del ámbito académico. Como es sabido, estos saberes son habitualmente deslegitimados y desterrados del sistema educativo oficial, salvo cuando la “verdadera ciencia” los toma como objeto de estudio y produce conocimiento “sobre” los pobres. La ENOCEP vino entonces a subvertir y ampliar el canon pedagógico, redefiniendo las incumbencias institucionales de la academia. En articulación con varias universidades nacionales, implementó una propuesta educativa que puso en el centro la idiosincrasia y perspectiva del sujeto excluido; un sujeto con identidades, raíces y prácticas socio-culturales dotadas de una especificidad propia.

Una “fábrica de sueños”

Desde el inicio, el MTE se las ingenió para contar con el apoyo de las universidades nacionales de San Martín (UNSAM) y el Comahue (UNCo). De esta primera articulación surgió la Diplomatura, que inicialmente contó con un solo nivel, a completarse a lo largo de un año y en dos etapas. Un primer curso introductorio (o pre-diplomatura), compuesto de doce clases presenciales, con una frecuencia de dos encuentros semanales (de tres horas de duración), a desarrollarse en la sede de Posgrado de la UNSAM (en la localidad de San Martín, provincia de Buenos Aires). Y un segundo y último curso intensivo, a realizarse en la sede nacional de ENOCEP durante una semana con elevada carga horaria (ocho horas por día) y bajo la dirección de Juan Grabois. Mientras la universidad garantizó la acreditación oficial del título y aportó parte de la infraestructura y los recursos financieros (principalmente salarios docentes), la CTEP preservó la potestad de seleccionar a los tutores y definir la orientación pedagógica: programa de estudios y materiales bibliográficos básicos. Los materiales de apoyo son esencialmente los cuatro cuadernillos de formación que, como vimos, para abril del 2014 ya habían sido elaborados por Grabois y Pérsico, marcando la pauta de la hegemonía MTE-Evita en lo que hace a la política de formación. Sin embargo, al año siguiente, la diplomatura abrió un segundo nivel, más breve y más metropolitano, consistente en nueve encuentros a dictarse dos veces por semana durante tres horas en el edificio de la CTEP, en el barrio de Constitución. Este curso fue pensado para complementar la formación, y en respuesta a la creciente demanda de “conocimientos más técnicos” y que al mismo tiempo “no fuera tan político”. Por ello,



la curricula se concentraba en la gestión y fortalecimiento de las unidades productivas, a saber: nociones generales para la administración de cooperativas; sistema de previsión social y acceso a la salud (vía Mutual Senderos); nociones generales del derecho y herramientas jurídicas contra la violencia institucional; estrategias de comunicación comunitaria y popular; y, por último, planes y programas estatales orientados a la promoción de la economía popular y social.

Con el tiempo, la exitosa experiencia piloto sanmartinense fue replicándose en otras provincias, dando lugar a nuevas articulaciones con universidades, nuevas sedes y nuevas instancias de formación¹⁰ En todas ellas, gracias a la ENOCEP la academia vernácula encontró la forma de ir a contramano de sus tradicionales prácticas asépticas, endogámicas y autorreferenciales, siempre abismalmente distanciadas de las urgencias de los sectores más humildes. Los compromisos asumidos con la escuela nacional de economía popular buscaron vehiculizar y jerarquizar propuestas formativas que pusieran en el centro de atención las necesidades e intereses de las clases populares. De esta manera (un tanto indirecta y modesta), la universidad contribuyó a afrontar los desafíos que planteaba la sindicalización del sector (irreductibles a los del movimiento obrero organizado), entre los que cabe destacar las dificultades de los trabajadores para auto-percibirse como tales, de cara a la sociedad; la conformación de un nosotros unificado; el fomento de la solidaridad inter-rama; etc.

En rigor, el germen de la ENOCEP tal vez pueda remontarse algunos años atrás de la inauguración, a inicios de 2012, momento en que se produce un inesperado acercamiento entre el MTE y la UNSAM. En aquella época, venían de realizar algunas acciones conjuntas menores con La Mella, agrupación estudiantil con la que buscaba

¹⁰ Más tarde, se inauguraron cuatro sedes más a lo largo y a lo ancho del territorio nacional. En el siguiente orden cronológico: Delta del Paraná, Tigre (comunidad terapéutica de Vientos de Libertad, Isla Silvia Tekove Roga); Tilcara, al lado del Pucará, en Jujuy; Puerto Libertad, Misiones; Refugio Libertad, ex-fabricaciones militares, provincia de Córdoba. Desde su creación y entre todas las sedes, más de 3500 estudiantes participaron de los cursos de la ENOCEP. Por lo demás, como suelen enfatizar desde la coordinación nacional, no es casualidad que todas ellas compartan características similares con la primogénita: belleza del entorno natural, historia de lucha popular y puesta en valor productivo y simbólico del espacio social recuperado (vía litigios, tomas, etc.). Con la expansión también se abrieron otros niveles y cursos, para satisfacer las demandas específicas que fueron surgiendo. Además de las Diplomaturas Regionales y las Formaciones Temáticas (cursos por rama productiva), más recientemente se abrieron Cursos de Base intensivos y localizados en regionales del conurbano, para facilitar el acceso a la formación básica. Hoy día se continúa reclamando que se haga lo propio en las restantes provincias. En cuanto a las nuevas articulaciones que hicieron posible las nuevas sedes, cabe destacar a la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y la Facultad Libre de Rosario; la Universidad de Buenos Aires (UBA), para el caso de Tilcara. Por último, cabe señalar que si bien tanto la ENOCEP como la ULPE (Universidad Latinoamericana de las Periferias) guardan vínculos con la universidad, ambas tienen objetivos diferentes. Para ampliar: (<https://www.facebook.com/pg/enocepnacional/posts/>; <https://latinta.com.ar/2021/07/escuela-economia-popular/>; <https://www.facebook.com/enocepnacional/>; <https://ulpe.org.ar/>

estrechar vínculos. Al poco tiempo, varios de sus referentes migraron y terminaron engrosando las filas del MTE (en especial, Andrés Gallardo y Nicolás “Paragua” Caropressi). Un episodio previo, ocurrido a fines del 2011, fue decisivo para este acercamiento. La violencia policial los juntó frente a las puertas de una comisaría. Habían matado a un pibe en Once, y en el revuelo la policía metió preso a varios allegados. En respuesta a la convocatoria del MTE, La Mella movilizó a cientos de sus militantes, que coparon toda la calle donde se encontraba la comisaría. Ese gesto, toda una demostración de calle, le bastó al MTE para desterrar sus prejuicios y cambiar la mirada. Entendió que no se trataba de un grupo de “pibes que solo están en la facu”. A poco de andar, fueron descubriendo que tenían no pocos elementos en común. Además de la impronta latinoamericanista, cuya llama venía siendo reavivada por la oleada de gobiernos populares encabezada por el proceso bolivariano de la Venezuela chavista, compartían una misma ética militante. El MTE se reconocía en el rechazo a la sobre-ideologización, se había edificado en la negación del afán rosquero, característico de la militancia universitaria. Y La Mella, con su “predisposición a hacer”, mostraba que ambos eran de la misma madera. Todos esos elementos indicaban profundas coincidencias en cuestiones de fondo, la convergencia en un mismo horizonte societario.

Al poco tiempo de ese episodio, aparece un lugar muy grande tomado en Once, la Fábrica de Sueños. La toma había sido protagonizada por personas cercanas que vivían en situación de calle. Pidieron ayuda, y el MTE amplió la convocatoria a La mella. Esa fue la primera actividad que planificaron y realizaron juntos. Finalmente la jugada salió mal. Aunque, como se sabe, “no hay mal que por bien no venga”. Lo cierto es que la ocasión fue digna del refrán. La toma resultó violentamente desactivada. Por lo que se vieron obligados a desalojar el lugar. Sin embargo, se fueron con una victoria importante, por partida doble. Primero, otro lugar que todavía se encuentra en manos del MTE, reconvertido en un centro barrial de Vientos de Libertad. Segundo, y a los efectos de lo que interesa reconstruir aquí, más importante aún, un acuerdo con la UNSAM (que tenía la propiedad del lugar anterior). Ese fue el primer impulso para empezar con las diplomaturas de economía popular, que luego dieron lugar a la ENOCEP y alcanzaron allí su forma madura.

A modo de conclusión: la impronta de la pedagogía popular de la ENOCEP

La columna vertebral de la formación que, desde las entrañas del MTE, se dieron a sí mismos los trabajadores de la economía popular (en esta especie de autodidactismo señero de los movimientos populares latinoamericanos), fue articulándose a partir de un conjunto de preguntas fundamentales: ¿Cuál es nuestra realidad, quiénes somos? ¿Cómo nos organizamos? ¿Qué objetivos perseguimos? ¿Cuál es nuestra lucha? Cada uno de

estos ejes terminó conformando un tramo específico del proceso formativo y tomó cuerpo en sendos capítulos que pasaron a integrar los materiales de apoyo.¹¹ Los interrogantes permitieron enmarcar lo que urgía pensar, decir, cuestionar, proponer y, ante todo, escuchar. Una escucha siempre horizontal, como punto de partida de un diálogo entre iguales, sean trabajadores de la misma u otras ramas productivas, o bien entre estos y la militancia. La escucha ha venido ocupando un lugar privilegiado desde el comienzo de esta historia, como una de las cualidades militantes más valoradas y ejercitadas por sus protagonistas. No debería sorprendernos: todo diálogo que se precie de tal consiste, ante todo y primeramente, en saber escuchar. La naturaleza de la práctica dialógica implica poner en juego nuestra capacidad de escuchar al otro. De lo contrario, no se produce una circulación efectiva de la palabra, y la práctica discursiva no se realiza. Pese a ello, esta capacidad de escucha profunda constituye una verdadera rara avis en el espectro militante de ayer y de hoy, dentro de los movimientos o agrupaciones políticas populares o de izquierda. Más habituados, en parte por la inercia vanguardista heredada de los setenta, a diversas formas de sustitucionismo, al monólogo de la militancia “blanca” de clase media universitaria, que por arrogancia o desconfianza se coloca en lugares jerárquicos de conducción y habla en nombre de los pobres. En los tiempos actuales, donde alcanzar el estatus de influencers y ser “visibles” para la mayor cantidad de seguidores (followers) es regla de vida, la capacidad de escuchar, atentamente y en profundidad, el grito doliente de los más humildes, parece ocupar un lugar cada vez menos relevante en el universo de la militancia.

A modo de síntesis y balance final, podemos apuntar que a contramano de esta tendencia histórica, el MTE otorgó una centralidad cardinal a la escucha y concedió un rol protagónico de las bases, viendo allí dos caras de la misma moneda. En la mejor tradición de los movimientos populares, la primera tarea de los militantes del núcleo fundador fue tomar seriamente en cuenta al otro excluido e invisibilizado; dignificar su palabra mediante una escucha empática y receptiva. Como hemos visto, tras el colapso de 2001, esos jóvenes de clase media abandonaron la comodidad de sus hogares movidos por un arrebatado de indignación y solidaridad primordial, y salieron al encuentro de la masa cartonera hundida en la miseria, que por entonces comenzaba a organizarse. Cruzaron la “muralla invisible” con el afán de entender y acompañar. De esa forma, en los excluidos fue cobrando renovado impulso la vocación de hablar con voz propia, el ímpetu de hacer valer sus derechos de cara a la sociedad y en los fueros públicos. El tiempo, las luchas y las conquistas, fueron tallando así una enseñanza

¹¹ En orden, los capítulos se intitularon: “Nuestra realidad”; “Nuestra organización”; “Nuestros objetivos”; “Nuestra lucha”. En el Nivel I de la Diplomatura se aborda el cuadernillo 1. En 2015 se realizó una edición posterior, en volumen unificado.

fundamental: la transformación social nace de la unión entre integrados y excluidos, y luego solo puede crecer y madurar al calor de la unidad de la clase trabajadora. Bajo esa convicción, el MTE hizo del retaguardismo una escuela. Saber escuchar a los de abajo, para poder servir a su causa; saber escuchar, para sentir y pensar como el pueblo pobre. Años más tarde, aquella actitud primigenia empezaba a sistematizarse en una contra-pedagogía de la escucha.

Años más tarde, precisamente en el momento en que venimos focalizando, la siembra de esa conciencia colectiva tomó cuerpo en la ENOCEP. A través de esta herramienta formativa, la voz de los excluidos fue emergiendo cada vez más diáfana, delineó múltiples matices, definió sus tonos y aprendió a modular. Como vimos, el MTE pergeñó el instrumento a su medida, como un anticuerpo eficaz contra la tendencia a sustituir o suprimir la voz de los propios trabajadores. Como prueba incontrovertible de ello, basta reparar en las palabras de Natalia Zaracho, hoy flamante diputada nacional por el Frente Patria Grande. A inicios del 2016, con 26 años de edad, una historia de lucha a cuestas y nuevas herramientas simbólicas, Natalia concluía su paso por las aulas de la sede nacional de la ENOCEP. En ese enero atípico, patagónico, integró la primera promoción de la Rama Cartoneros (CABA). Pocos años más tarde, a metros de la “nasa cartonera” donde supo convertirse en una referente de la rama, la actual legisladora no vacila al afirma que ya no es necesario que nadie “hable por nosotros [...] hoy maduramos bastante como para llevar nuestra propia voz en todos los lugares”.¹²

Bibliografía

- Bruno, D. P.; Palumbo, M. M. (2018). La construcción del discurso pedagógico de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular. *Astrolabio*, 21. 129-154. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/16896>
- Bruno, D. P.; Buratovich, E. (2021) Economía popular, sindicalización y comunidades mapuches: la “vuelta a la huerta” por la vía organizativa en el sur de Neuquén, Argentina Universidad Latinoamericana de las Periferias. *Revista Digital de Ciencias Sociales / Vol. VIII / N° 14. ISSN 2362-616x. (pp. 37-58). SIPUC. FCPyS. UNCuyo. Mendoza*
- Carta de la Tierra (2002) <https://cartadelatierra.org/lea-la-carta-de-la-tierra/>

¹² Entrevista a Natalia Zaracho, realizada por los autores en julio de 2021.



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina

- Grabois, J. y Pérsico, E. (2015) Trabajo y organización en la economía popular. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CTEP - Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular, 2015. 192 p.
- Organización Internacional del Trabajo (2014) Convenio Núm. 169 de la sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes. Lima: OIT/Oficina Regional para América Latina y el Caribe. 130 p.
https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/publication/wcms_345065.pdf